



SIROCCO

Verónica A. Fleitas Solich

zafiro♥

Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Cita

Cita

1. Bravío

2. Siroco

3. Motores

4. Ensoydecedor

5. Baréin

6. Dejarse llevar

7. La vida fuera de aquí

8. Campeones, perdedores y cerveza

9. Algo acerca de ti

10. Invierno y verano
11. Frágil
12. Quizá te sorprendas
13. Atrapado
14. Necesito respirar
15. La cocina
16. Una parte de mí
17. Justo a tu lado
18. Detuve el mapa y me largué contigo
19. Lugares que te hacen ser quien eres
20. Estás donde se supone que debes estar
21. La cresta de la ola
22. *Family day*
23. Biplaza
24. Receso de verano
25. La otra mitad
26. Fuera de mi camino
27. El riesgo
28. Tormenta de azúcar

29. Cúlrame a mí

30. Amor roto

31. Campeón

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Sinopsis

Natalia lleva meses recorriendo el mundo junto con su amiga Agustina, sin tener un destino fijo, sin preocuparse por otra cosa que no sea disfrutar de los lugares a los que el viento las ha arrastrado. Cuando están a punto de regresar a su país, les ofrecen trabajar como camareras para la escudería Bravío.

Natalia no puede resistirse a la tentación de conocer el mundo de la Fórmula 1 por dentro, y todos los miembros de la escudería le fascinan al instante; todos menos uno, Nico, el piloto estrella, quien a su corta edad acumula cinco campeonatos mundiales y una serie de proezas que lo han catapultado al selecto grupo de leyendas del automovilismo que no parecen de este mundo.

¿Será capaz Natalia de ponerse en la piel del campeón para descubrir sus secretos?

Adéntrate en este divertido romance en el que la competencia se escapa de las pistas desbordando de celos

las curvas, con aceleraciones y desaceleraciones de pasión de secretos y sentimientos ocultos.

Atrévete a pisar a fondo para vivir la vida al máximo, permitiendo que el viento Siroco guíe tus pasos.

Para todos aquellos que se atreven a intentar lo imposible porque saben que lo posible lo hace cualquiera

Del viento aprendí a dejarme llevar; de ti, a amar.
Todos los años hay un campeón,
pero no siempre hay un gran campeón.

AYRTON SENNA

1. Bravío

—Gracias. —El hombre me devolvió el vaso usado junto con el pago de su bebida nueva y una buena propina.

Se lo agradecí y le di las buenas noches para luego apartarme de la mesa.

Guardé el dinero y suspiré aliviada; por fin la noche terminaba y también mi aventura. Viajar siempre había sido mi gran pasión, al menos una de ellas; después de tantos meses, necesitaba un poco de estabilidad y poder mirar a los míos a los ojos cara a cara y no a través de una cámara, por más que su resolución fuese 4K, así como escuchar sus voces en directo y no por la línea telefónica. Esas cosas ya no me bastaban; necesitaba un buen abrazo de mi madre, oler su perfume... si hasta echaba de menos a mi padre corrigiéndome o a mis hermanos burlándose de mí.

Comenzaba a hartarme de las impersonales habitaciones de hotel, de los albergues bulliciosos y de quedarme de prestado en casa de extraños. No es que no hubiese disfrutado cada momento; sin embargo... sentía que llevaba demasiado tiempo corriendo sin llegar a ninguna parte y, sobre todo, extrañaba poder trabajar en lo mío. Fue genial tener docenas de trabajos distintos, y a la vez no tener ninguno, pero cada vez era más fuerte en mí la necesidad de volver a mi pasión. Echaba de menos la locura de tener que preparar tartas para «ya», amasar, oler a vainilla, rodearme de batidoras, crema, azúcar y chocolate.

Por el rabillo del ojo vi que Agustina se me acercaba mientras guardaba también el pago de la cuenta de su mesa.

El verano comenzaba a dejar Melbourne y nosotras teníamos planes para hacer eso mismo. Tras seis meses sin parar de aquí para allá, regresaría a casa para intentar hacer planes de futuro.

—Hola, amiga. —Agustina me cogió del brazo—. ¿Cómo vaa?

—Bien, agotada; ya he acabado con mis mesas. Parece que por fin se van.

Me duelen los pies, quiero sentarme, y no me vendría mal una cerveza. No, mejor dormir, estoy exhausta. Deseo dormir doce horas seguidas y, después, despertar y comenzar a hacer las maletas.

—Recuerda que todavía nos quedan unos días... Hablamos de que esta semana íbamos a descansar, a disfrutar, a dar un último paseo por la ciudad...

—Sí... —Inspiré hondo—. Es que tengo ganas de volver a casa.

Agustina se aclaró la garganta sin soltarme; nos dirigíamos a la barra.

—Bueno, con respecto a esta última semana de descanso... —Me detuvo a mitad de camino, plantándose entre las mesas, que estaban casi todas vacías al final de esa larga noche—. ¿Has visto a los clientes que acabo de atender? —

Giró la cabeza hacia atrás, y yo con ella.

—Sí, los he visto; imposible no notar la cantidad de botellas de *champagne* que han pedido.

—Sí, bueno, han dejado una propina igual de impresionante. ¿A ver si adivinas quiénes son?

—Sabes que yo, con los conocidos y la gente famosa, soy nula; no registro las caras y aún menos los nombres. ¿Son actores de cine? ¿Músicos?

—No, nada de eso: son gente del mundo del automovilismo.

—Ah, sí, claro, por la carrera del fin de semana.

En una semana iba a disputarse allí el primer gran premio de la temporada de carreras de la Fórmula Uno y Melbourne comenzaba a palpar con el evento, con todo. Para cuando los motores rugiesen en el circuito, yo estaría ya de camino a casa montada en un avión. Admito que siempre me había apetecido ver una de esas competiciones en vivo y en directo; sin embargo, conseguir una entra-

da a esas alturas resultaría imposible y, además, ya tenía mi billete de avión.

—Bueno, acaban de ofrecerme trabajo para ambas —continuó diciendo Agustina, devolviéndome a la conversación en ese momento—. Me han explicado que, cuando llegan los equipos, éstos siempre contratan personal de refuerzo; necesitan camareras para atender a los integrantes de los mismos.

Vienen con dos cocineros, pero buscan a alguien que los ayude durante gran parte de la semana. Si no lo he entendido mal, es para que estemos allí desde el miércoles hasta el domingo. Me han comentado que les resulta más económico contratar gente de la ciudad que llevarla con ellos de un lado para el otro. Para ellos puede que sea económico —me guiñó un ojo—, y a nosotras nos vendrá genial.

Agustina me soltó la cifra que pagaban por ese trabajo de cinco días con ojos encendidos. Ciertamente el dinero nos vendría muy bien, pero...

—¿Trabajar otra vez? —Pese al buen sueldo, la idea no acababa de convencerme. Me había mentalizado de que esa semana no haría más que descansar y pasear.

—Es para el equipo Bravío. ¿Sabes que llevan ganados cinco campeonatos mundiales seguidos? Campeonatos tanto de constructores como de pilotos.

—No tengo ni la menor idea de qué me hablas. — Me puse en marcha—. La verdad es que no sé... la idea no es mala; la paga, menos —la miré ceñuda—, pero tenemos pasajes para el próximo domingo.

—Podemos intentar cambiarlos. Hablaré con Nate, seguro que podrá arreglarlo.

Conocimos a Nate tan pronto como llegamos a Australia; trabajaba en una agencia de viajes y gracias a él recorrimos Australia y Nueva Zelanda; además, nos había conseguido los billetes de avión de regreso a casa a un precio irrisorio.

—¿No te parece que ya hemos abusado bastante de su buena voluntad como para que, encima, le pidamos que nos cambie la fecha de los billetes?

—¿No te entusiasma la idea? Estaremos allí, en el circuito con todos los pilotos y, además, nos pagarán por ello. Sería la culminación perfecta de nuestro viaje. Se supone que estará repleto de personalidades, y no solamente del automovilismo, pues habrá actores, cantantes, un poco de todo. Resultará divertido. No creo que el trabajo sea excesivo y es algo que jamás hemos hecho; tú no sueles ser de las que rechazan una primera vez a la ligera.

—La verdad es que es tentador... —Consciente de que se me escapaba una sonrisa de entusiasmo, dejé la frase a medias. Claro que quería, por supuesto que me entusiasmaba la posibilidad de ver la carrera de cerca, de meterme en aquel mundo al menos una vez en la vida, por un par de días al menos.

¿Cuántas oportunidades tendría de participar en un evento de ese tipo, sobre todo considerando que mi plan era regresar a casa e instalarme de una buena vez?

—¡Quieres, quieres, quieres! —canturreó Agustina—. Sabía que dirías que sí —exclamó a la vez que celebraba su triunfo con un baile de victoria un tanto aparatoso—. Cuan-

do se trata de una nueva aventura, nunca necesito insistir demasiado para convencerte. Tu cabeza va directa a ello sin escalas, por eso llegamos aquí.

Me reí. Exactamente así era.

—Lo haremos sólo si Nate puede cambiarnos con facilidad la fecha de partida; si se le complican las cosas, tendremos que rechazar la oferta.

Agustina hizo una mueca graciosa. Sonrió. Conocía ese gesto suyo...

—¡Ya les has contestado que sí!

Mi amiga se tapó la cara con ambas manos.

—Por supuesto —chilló.

Riéndome, la empujé en dirección a la barra.

—Andando. —Le di un empujoncito más—. Si es que te conozco demasiado bien. A ver ahora cómo solucionamos lo de los billetes de avión, porque, si no podemos cambiar las fechas, nos gastaremos todo lo que ganemos en el trabajo del circuito en los nuevos pasajes.

—Bueno, al menos viviremos la experiencia de la Fórmula Uno de primera mano sin necesidad de pagar entrada y veremos a todos los pilotos.

Debe de haber mucho bombón suelto dando vueltas por allí. Hombres... velocidad... será genial. Nos conocemos bien, por eso he dicho que sí; si no quisieras hacerlo, en este instante ya habrías puesto el grito en el cielo... y hasta ahora no has hecho otra cosa que sonreír.

Intenté contener mi sonrisa mordéndome el labio inferior; de nada sirvió.

—Por una vez me tocaba conseguir una aventura a mí, siempre eres tú la que conoce gente que acaba llevándonos a un nuevo sitio, a nuevas historias.

Por mi culpa llevábamos seis meses viajando, a pesar de que, en realidad, salimos de casa para regresar al cabo de treinta días. Agustina tenía razón en todo.

—Ok, no voy a mentirte: la idea me gusta mucho. ¿Qué tenemos que hacer?

—Me llamarán mañana.

Llegamos a la barra.

—El rubio de barba de allí —apuntó con el mentón en dirección a la mesa que había estado atendiendo— es el contacto del equipo aquí en Melbourne. Le he pasado todos nuestros datos y demás, y tengo su número; llamará para que se lo confirmemos todo. Según me ha dicho, nos verá el miércoles directamente en el circuito.

Como si supiese que hablaban de él, el tipo giró la cabeza y nos miró con una sonrisa en los labios.

—Mi madre pondrá el grito en el cielo cuando le diga que hemos cambiado de nuevo la fecha de llegada.

—Y tus hermanos se pondrán muy celosos de que puedas ver la carrera en directo y de que tengas la oportunidad de charlar con todos. Conoceremos al cinco veces campeón del mundo. Tenemos que pedirle fotos y autógrafos.

Bueno, a él y a todos los pilotos.

Me reí; eso mismo había pensado un segundo atrás. Seguro que atesoraríamos otros buenos recuerdos que añadir a nuestro viaje.

—Así que, durante cinco días, formaremos parte del equipo Bravío. Eso suena de maravilla, tienen un buen nombre.

—Estupendo, muy masculino, como todo en ese mundillo. Estaremos rodeadas de testosterona.

—Sí, será una sobredosis. Así volveré a sentirme como en casa —bromeé.

Extrañaba tener a mis cuatro hermanos varones conmigo. Ser la menor de todos, y encima la única chica, siempre me había resultado una experiencia increíble, desde que tenía uso de razón hasta el mismo día anterior, cuando hablé con tres de ellos. Mis hermanos eran mis compañeros, mis amigos, mis cómplices, mi gran y fuerte burbuja de testosterona que me hacía sentir inmensamente querida. En ese instante deseé tenerlos allí conmigo; sabía que, de estar los cinco juntos, habríamos disfrutado del fin de semana de rugidos de motores mucho más de lo que lo haría yo sola.

—Puedes agradecérmelo cuando quieras —entonó por lo bajo Agustina, desviando la mirada y poniendo cara de circunstancia.

Solté un grito de emoción, mi cuerpo acababa de reaccionar ante la noticia.

¡A la mierda si tenía que gastar lo ganado por trabajar de camarera para el equipo si podía presenciar el evento! Me abalancé sobre ella y la abracé dando saltitos.

Agustina se puso a dar botes conmigo. Se me pasó el cansancio y la euforia calmó mi necesidad de mi hogar, de los míos. Sin duda, trabajar esos días haría que la espera para volver a casa se hiciese mucho más llevadera.

Cuando se lo contara a mis hermanos... en especial a Tobías.

Volví a gritar de emoción.

Noté las miradas de los presentes sobre nosotras. El lugar estaba casi vacío; era bastante tarde y apenas si sonaba música suave.

Al terminar de saltar como dos tontas, giré la cabeza en dirección al rubio de barba; éste nos sonreía divertido. Mi respuesta para él fue también una sonrisa.

Agustina me pilló observándolo.

—Supongo que acaba de captar que has dicho que sí; él sabía que todavía no te había dicho nada. Te lo repito: trabaja para el equipo y es un amor; afirma que nos lo pasaremos genial, que es un ambiente lleno de gente divertida. Por supuesto que son superprofesionales y eso, pero, además, el entorno es glamuroso y, vamos, que es la primera carrera de la temporada y todos están muy emocionados.

Alcé un pulgar en alto para el rubio de barbita y éste levantó su copa de *champagne* en mi dirección.

—Kayla, ¿nos pasas dos cervezas? —le pedí a la chica que atendía la barra.

Oficialmente nuestro turno ya había finalizado y nos merecíamos celebrarlo; nuestro trabajo allí también había concluido y teníamos tres días de descanso hasta comenzar a trabajar para el equipo Bravío el miércoles.

—¿Qué celebramos? —nos preguntó Kayla poniendo las dos botellas de cerveza sobre la barra.

—Hemos conseguido trabajo el próximo fin de semana en el equipo Bravío. Veremos el Gran Premio de Australia desde el circuito —le explicó Agustina.

—¡¿Sí?! Suertudas, ¡os odio!, con tanto hombre guapo que hay por allí. A mi novio le encantan las carreras y siempre las mira por televisión. ¿Habéis visto cómo están los pilotos? Supongo que por eso bien merece la pena sacrificar los días de descanso que pensabais tomaros antes de regresar a Argentina. —Se dio la vuelta y trajo consigo otra cerveza, la abrió y la alzó frente a nosotras—. Por los hombres atractivos y por la velocidad, y por vosotras, desgraciadas. —Rio—. ¿Creéis que podríais meterme a mí con vosotras?

Agustina se carcajeó. Chocamos nuestras botellas.

—Por nosotras y por el equipo Bravío, que nos dará la oportunidad de pasar unos días de lujo. Y por los hombres, también —añadí chocando otra vez mi botella contra las de ellas.

Las tres bebimos.

* * *